

El Milagro en Noche de Reyes

Con el cuerpo pegado al escaparate y la nariz achata-da en el cristal, Paquito devora-ba con los ojos el montón de juguetes que, para preocupación de los mayores y envidia de los pequeños, esta-ban allí expuestos en aquellos días precedentes al de la Epi-fanía. Ya había dado la vuel-ta a todas las calles donde ha-bía bazares para deleitarse en la contemplación de aquel maravilloso arsenal de jugue-tes y mecanismos sorprenden-tes.

Había para alelar a uno. Paquito ya sabía que todo aquello no era para él. Su madre se había visto precisa-da prematuramente a desva-necerle la ilusión de los rega-los mágicos.

De agudeza precoz, a los seis años ya la angustiaba con sus preguntas y conside-raciones. No acertaba a com-prender porque con tanta abundancia de juguetes valio-sos como aparecían en los es-caparates, y a pesar de com-portarse tan bien como podía en la escuela y con su madre, nunca había sido obsequiado por los Reyes Magos con al-guno de aquellos objetos que cada año surgían como por encanto en los escaparates de la ciudad muchos días antes de la llegada de SS. MM. de Oriente. Por más que se lo ex-plicara su madre, no pudo convencerse que fuera justo que por el hecho de ser él po-bre, no pudiera disfrutar de los mismos regalos que los otros niños de su edad, y tu-videra que conformarse con al-gún chisme viejo o de segun-da mano que su madre se apañaba por adquirir de al-guna familia amiga.

Además, ¿no era al turbu-lento y malicioso Juanín que el año pasado le trajeron una flamante bicicleta? ¿Y no era también Jimmy, el mal educa-do y soez, que disfrutaba de una «Vespa» estupenda, gra-cias a los Reyes Magos? No, no; esto no estaba bien. El también quería bonitos rega-los. Estaba harto de tener que mendigar a sus compa-ñeros para que le dejaran par-ticipar en sus juegos, muchos disgustos esto le costaba y más de una vez se había con-sumido llorando de rabia e impotencia al verse desprecia-do por su inferioridad.

Su madre, la pobre, sufría más que él. Hasta el punto que quiso acabar con el equí-voco. A coste de quebrar el puro cristal de la inocencia, expuso claramente a su hijo el por qué de la desigualdad

ficción y realidad

Después de la presentación de "RASHOMON"

La proyección de «Rashomón» repre-sentó un éxito de taquilla y un éxito artísti-co. Ambas cosas han de satisfacernos, por-que: Si la película hubiera constituido sólo un éxito de taquilla lo hubiéramos lamen-tado por el porvenir de esas sesiones es-peciales que con tan buen pie han co-menzado.

Y si el éxito hubiese sido solamente artístico, no acudiendo el público a la lla-mada en tan gran número igualmente com-prometido habríamos visto el futuro de esas sesiones.

Creemos, sinceramente, que las empre-sas se habrán convencido de que ante obras de calidad el público reacciona. Existe un sustrato de curiosidad muy viva que hay que saber encauzar. Por adocena-do que se tenga el gusto, queda siempre un algo de paladar que se aviene con la exquisitez. «Rashomón» lo demuestra. Y pueden corroborarlo las demás películas de ese tenor que se proyecten. Eso sin contar con que las sesiones del tipo de la del pa-sado martes operan automáticamente una selección previa de público, y descartan al que está falto de toda inquietud, dejando solo a la expectativa del programa al cata-dor, al curioso y al aficionado. Con lo que el ambiente cobra una agradable unifor-

que tanto le apenaba. No era que los Magos fueran injustos con él; el motivo era que él, Paquito, no había nacido en cuna afortunada. Su madre, viuda, apenas si podía subven-ir a su su sustento, y podía dar gracias a Dios si no se ha-bía visto obligada a llevarlo a la Casa de Caridad.

Así se lo expuso, crudamen-te, a su hijo aquella atribula-da mujer. Procurando, eso sí, convencerle de la supremacía de los valores morales por en-cima de las riquezas materia-les.

Madre e hijo, sin embargo, a pesar de la ingrata revela-ción, sentían un vacío en sus lícitas apetencias. El, por ha-berle sido negada una ilusión que veía satisfecha abundan-temente en los demás niños; élla, por no haber visto ni medianamente realizado el ideal de toda madre: la feli-cidad de su querido hijo.

Y llegó la Noche de Reyes. Paquito, como los demás ni-ños del barrio también fué a esperar la cabalgata de los Magos, con su farolillo de co-lor, y a sabiendas que para él no contaba toda aquella algarabía callejera y que de tantos y tantos juguetes que resplandecían como espeje-los engañosos en los escapa-rates, no iba a poseer ningun-o.

Pero su madre al salir de casa, y mientras prendía la luz dentro del caparuzón de papel de su farol, le había dicho:

— Ve, hijo mío, y pídale muy de corazón a los Reyes que te traigan algo. Hazlo, Paquito; a veces a los niños buenos les ocurren milagros. Yo he rogado mucho por tí, y ... quizá ¡Alégrate, hijo mío! a ver si este año se produce el milagro.

Y Paquito se fué tras la ca-ravana con un destello de es-peranza. Era su madre la que le había instado a mantener-la. ¡Y su madre nunca le en-gañaba!

Y mientras seguía a la mul-titud con sus cantos y vitores a los regios personajes, una pálida alegría iluminó un po-co la cara exangüe y paliducha de aquel pobre niño mal-trecho por el destino.

Aquella noche Paquito tuvo un sueño fantástico. Soñó que los Reyes le acariciaban y le sonreían como nunca lo habían hecho. Vió incluso que descargaban un vistoso pa-quete de su camello y lo depo-sitan a los pies de su cama, con la misma postura que los había visto a los pies del Ni-ño Jesús en los Belenes. Al propio tiempo unos cantos an-gelicales arrullaban sus oídos y un resplandor estelar ilumina-ba su cuarto, cual si fuera una cámara palaciega...

Despertóse cegado por la intensa luz. Se restregó los ojos creyendo que aún estaba soñando. Pero ¡no! era el sol que le daba en plena cara por haberle su madre habier-to los pórtigos del balcón. En

midad en la simpatía previa que no presu-pone, por otra parte, masificación.

Personalmente no soy partidario de pro-digar las sesiones especiales de cinema, por aquello del gran Gracián de que: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Con un par de sesiones al año me contentaría. Tam-poco creo que la programación por una parte ni las existencias de distribuidoras e importadores por otra de para más.

Fué un acierto que la casa distribuidora se preocupara de los complementos del programa y que nos fuera dado admirar los dos documentales italianos, el del ENIT sobre «Venezia, la Città d'Oro,» y el de LUX, sobre «Sienne, la cité du Pallio,» en versión francesa.

Esto hemos de agradecerlo, por la gran importancia que los complementos tienen en todo programa hecho con criterio selec-tivo. Esperamos que en sesiones sucesivas se afine al máximo dicho criterio, pues aunque el material de cortos no abunda, es posible, acaso recurriendo a entidades pa-ra-cinematograficas, recoger bellas mues-tras de este arte tan sugestivo, sean ellas artísticas, científicas o de deporte.

Hagamos constar públicamente, en fin el interés demostrado por D. Modesto Gar-cia Renzini, de la casa distribuidora, por dar a la presentación de «Rashomón» en San Feliu el realce que merece dicha cinta

J. Vallverdú A.

la calle se oían las exclama-ciones de júbilo de los niños del vecindario cargados con los nuevos juguetes.

Incorpórese súbitamente im-pelido por el sueño reciente y recordando las palabras de su madre en la víspera. Y al dirigir su mirada al balcón, tropezó con un envoltorio azul liado con una cinta. Se levantó sin vestirse, atropella-damente, y temblando de emoción, lo deshizo en un santiamén y... ¡Oh! ¡qué veía!

— ¡Madre! ¡Madre! — se pu-so a gritar a todo pulmón — ¡Una pelota! ¡Una pe-lo-ta! ¡Y unos zapatos nuevos!... ¡Madre...! ¡Madre...!

Su madre vino más emocio-nada aun que él y al ver la alegría desbordante de su hi-jo, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas de dolorosa. Dos lágrimas más valiosas que dos diamantes, puesto que eran la expresión de la ale-gría maternal conseguida sa-be Dios a costa de que sacri-ficios.

Pero que importan los sa-crificios de una madre cuan-do se cobran con la felicidad de un hijo y con lágrimas de ternura.

F. C.

Imp. BARNÉS — Palamós

Aguas carbónicas
La Mascota
Fábrica de GASEOSAS y SIFONES
CERVERA Cerveza
DAMM